



## La crisis imperial

---

A finales del siglo III, los habitantes de Barcino tuvieron que reforzar las murallas después de sufrir diversas incursiones de los vándalos. Parece que la reconstrucción se hizo precipitadamente, por el amontonamiento de todo tipo de objetos que se encuentran en su interior.

Estas murallas se levantaron porque las fronteras de todo el imperio no estaban seguras desde la muerte del emperador Alejandro Severo. Una profunda crisis política originó inseguridad y muchos problemas económicos y sociales.

Antes de que estallara la crisis, los caminos eran muy seguros, siempre llenos, con carros y gente que transportaban todo tipo de mercancías. El comercio era el eje económico que mantenía estable al Imperio, y que proporcionaba los impuestos necesarios para sostener la administración. El comercio facilitó la especialización de las provincias, y que dependiesen las unas de las otras, que formasen, en definitiva, un mercado.

La lana, las pieles y el ganado llegaban de Britania, Hispania y del Mar Negro. El vino y el aceite de Aquitania y de la Provenza. La madera y la cera del sur de Rusia y de la península de Anatolia. Los frutos secos de Siria. El mármol de Grecia y el producto más apreciado, el trigo, del norte de África, de Sicilia y del valle del Danubio.

La prosperidad del Imperio dependía en gran parte de la vitalidad de las grandes ciudades propiciada por el comercio, y el comercio era posible gracias a la seguridad de las rutas y también al prestigio de la moneda, que establecía un cambio estable.

La moneda tenía valor por sí misma, su peso en oro, plata o cobre. Las disputas políticas, el desgobierno y la irrupción de los bárbaros hicieron aumentar los gastos y la necesidad de recaudar más impuestos.

Para mantener las legiones, los emperadores necesitaban cada vez más dinero y la recaudación era cada vez más compleja y difícil. El emperador Caracalla fue el primero en devaluar un 20% la moneda, es decir, a sacar parte de su peso en oro. Las consecuencias fueron el acaparamiento de las monedas antiguas, que conservaban su valor, unos altos niveles de inflación y la falta de confianza en las transacciones comerciales.

Inseguridad política y militar, debilidad de la moneda y caída de la actividad comercial fue el resultado. Sin seguridad ni moneda estable, el comercio entró en decadencia, las ciudades se despoblaron, y el Imperio se fraccionó. La política y la economía estaban fuertemente relacionadas.

En el año 270, la crisis del siglo III duraba ya casi 40 años. Habían pasado distintos emperadores, rebeliones, y la situación social, económica y política estaba muy mal.

Aureliano, un militar formado en las guerras contra los germanos a lo largo de su vida, asumió la responsabilidad de volver a instaurar la unidad.

En primer lugar haciendo una reforma militar, en segundo lugar, enfrentándose contra los germanos, y en tercer lugar volviendo a recuperar la unidad el Imperio, del cual el Reino de Palmira en Oriente y el Imperio de la Galia en Occidente se habían desgajado.



Con dos guerras recuperó la unidad, y con una reforma monetaria y una moneda más sólida, restauró la confianza económica, y la situación, en sólo cinco años, dio un giro de 180 grados. Aureliano unificó de nuevo el Imperio, hizo reformas para recuperar la confianza en la moneda y consiguió asegurar las fronteras para evitar las invasiones, pero ni la sociedad ni la economía se recuperaron.

La ruptura del comercio propició la autarquía y el autoabastecimiento de los recursos por parte de comunidades reducidas, en un prelude del feudalismo. La sociedad civil perdió peso delante de los grandes terratenientes y la clase media de las ciudades se extinguió poco a poco.

La crisis del siglo III, la subida de los impuestos, la pérdida de confianza en el poder central, provocó que la gente importante de las ciudades, los grandes comerciantes y hombres de negocios que durante dos siglos habían mantenido la economía del Imperio con sus actividades, con su comercio, dejaran de estar interesados por las ciudades y se retiraron a sus posesiones en el campo.

El signo de los nuevos tiempos era la ciudad encerrada tras de unos fuertes muros, como los que Aureliano hizo construir en Roma, o los que los antiguos habitantes de Barcino levantaron para evitar las invasiones.

Las murallas protegieron, pero también incomunicaron.